

**XXXIV PREGÓN DE LA ANTIGUA ARCHICOFRADÍA DE LA
SANTA VERA-CRUZ, NUESTRO PADRE JESÚS “EL POBRE”
Y MARÍA SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA.**

**IGLESIA DE SANTIAGO. REAL CONVENTO DE SAN
FRANCISCO. VELEZ MÁLAGA.**

18 DE MARZO DE 2023.

ÁLVARO BELDA DEL CORRAL


ESPERANZA

MUJER Y MADRE



JUEVES SANTO 2023

VÉLEZ-MÁLAGA



A mis padres, por darme la vida y enseñarme el camino de la fe.

A Olga, Álvaro y José Pablo, por llenarla y andarlo conmigo.

*“Dios tuvo en la tierra un hijo sin pecado,
pero nunca un hijo sin sufrimiento”*

- San Agustín -

Cierto que no estuvimos allí, pero sabemos lo que pasó. No fuimos testigos, pero todo quedó escrito.

Vélez en primavera, los almendros en flor, y el olor de los naranjos inundan el paseo.

Un pueblo que despierta de años duros. Tiempos de estrecheces y necesidades, pero de corazones llenos de fe y esperanza; y como epicentro, la iglesia de San Francisco.

Paredes repletas de historia cofrade. Siglos de tradición y de herencia, y un deseo inquebrantable les mueve, que su devoción procesione de nuevo en la calle.

Aquellos jóvenes hace setenta y cinco años emprendieron un difícil camino, que hicieron desde el más profundo compromiso cristiano. Los Mesa, Salto, Acosta, Martín Palma, Díaz, Fajardo, Belda, Iranzo, Farré, Téllez, Lavado, Pareja, Valenzuela, Aragüez, García Aranda, así como muchos otros que les siguieron y que aún continúan, son, sois, los responsables de que hoy nos reunamos en esta iglesia conventual, junto a nuestro Pobre Bendito y a nuestra madre de la Esperanza, para clamarle a su pueblo, que pronto, muy pronto, será JUEVES SANTO.

SALUDA

Fray Ricardo Gallardo Lozano, Guardián de este Real Convento.

Rvdo. Padre Fray Salvador Jiménez Durán, Consiliario de nuestra Hermandad.

Don Antonio Moreno Ferrer, Excmo. Sr. Alcalde de Vélez Málaga.

Querido Presidente de la Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Vélez-Málaga, Francisco Javier García del Corral.

Estimado Hermano Mayor, miembros de la junta de gobierno de esta Archicofradía y archicofrades.

Hermanos Mayores y representaciones de las distintas Hermandades, tanto de Pasión como de Gloria.

Sr. Comisario, D. Juan Carlos Aparicio Nieto, Jefe de la Comisaría de Vélez Málaga, y compañeros.

Amigos agustinos.

Sras. y Sres.

Cofrades y amigos todos.

Paz y Bien

Gracias Marta por tus palabras, Palabras en las que sin duda habrá influido ser la hija de mi hermana Chiqui; y gracias por acceder a presentarme, sabiendo que no eres muy amiga de estos menesteres público.

Marta, tú encarnas muchas cosas; la honestidad, la paciencia, el compromiso, la lealtad y, sobre todo, la bondad. Desde muy niña, siempre, te has preocupado más por los demás que por ti misma; no te ha importado dar sin esperar recibir, y tu mayor preocupación ha sido siempre que los que te rodeaban estuviesen bien. Y es que, Marta,... que te cuesta decir que no.

Además, tú representas, esa fuerza que hace tiempo ha entrado en las cofradías para hacerlas aún más grandes, fuertes y cercanas; para ayudar donde sea, en la gestión, en la intendencia, en la procesión, debajo de un trono metiendo el hombro, siendo un ejemplo de esa palabra de género neutro que es "cofrade".

Marta, te has comprometido con esta Archicofradía, eres alguien que, con tu forma de actuar, reflejas los valores cristianos, y que, además, eres mi sobrina. Parece muy complicado haber tenido mejor presentadora.

Muchas Gracias Marta.

Pobre bendito, madre de la Esperanza, perdonad mi voz tímida y temblorosa, pues los nervios hacen mella en mí, y es porque siempre os hablé en silencio desde mi corazón, y hoy lo tengo que hacer desde mi boca.

Cuantas veces he venido hasta vuestro camarín demandando consuelo, fuerza o ayuda. Cuantas veces os busqué cuando la noche era más oscura y el miedo o la duda se agarraban al pecho; y hoy, que vengo a aclamaros, que difícil y tortuoso se me ha hecho el camino. Ponerle verbo a lo que alma calla y pregonarlo desde el vértigo de este atril es una responsabilidad de la que no me creo, no ya sólo preparado, sino merecedor. Sinceramente, pocas tareas me han traído más noches de insomnio que ésta.

Llegó el día, y durante este tiempo cuántos me habéis preguntado cómo había terminado siendo pregonero. Pues bien, recibí una llamada. Eran días complicados. Y con ella un ofrecimiento. Tengo que reconocer que Alberto es una persona de recursos. Actuó de forma fría e inmisericorde, tocando los resortes adecuadas para comprometer al corazón. Quedé, cuanto menos, sorprendido y preocupado. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante idea? Intuyo que la boda de mi hermana Almudena con Raúl, y un ilustre archicofrade, que hace de oficiante, son los responsables.

Llego a casa, la cabeza me da vueltas, le explico la propuesta a Olga, mi mujer, quien, tras mirar una fotografía, que allí tengo, de mis padres en un baile de fin de año en el Vélez de finales de los cincuenta, y a la que tanto cariño le tengo, me contesta, mientras sonrío, "bueno... ¿y por qué no?".

Unos días después, mi hijo Álvaro, acompañado de su hermano Pablo, ya conocedor de este ofrecimiento, me trae un papel y me dice ante mi más absoluta sorpresa, papá, mira lo que he escrito: *"Vélez Málaga, un lugar lleno de calles con historia, de pasión y devoción, que se comparte en familia. Un pueblo que espera con ansia el jueves más bonito de año. Ese jueves en que se abren las puertas del cielo... ese jueves que agarras la mano de tu hermano mientras observas la belleza que aguarda dentro de esos tinglaos. La de ellos que se encuentran a la espera de la llamada al orden del capataz. Porque sí, nuestro Padre Jesús el Pobre y su bendita madre de la Esperanza vuelven a las calles de su pueblo"....* Dicho esto, pocas más explicaciones hay que dar. Así, se hace muy complicado decir que no.

Alberto, desde el momento de la propuesta, y aún más, tras hacerse oficial el nombramiento, fui consciente de la enorme dignidad que sobre mi recaía, y la gran responsabilidad que conllevaba. Lo que ya no tenía tan claro era si agradeceréte o mandarte un coche patrulla a tu casa.

Mi más sincero agradecimiento a la Junta de Gobierno por este inmenso honor del que me habéis hecho titular; así como al resto de archicofrades, por el apoyo y los consejos recibidos.

Lo que, si os diré, es que desde ese mes de noviembre no he parado de sonar en mi cabeza una duda recurrente... ¿Quién soy yo para hablar de ti Padre? ¿Quién soy yo para hablar de ti, Esperanza nuestra?

“Predica el evangelio en todo momento y cuando sea necesario usa las palabras”

- San Francisco -

Creo conocer la mayoría de los pregones de esta nuestra Antigua Archicofradía, de hecho, para mí siempre fue una ilusión desplazarme hasta Vélez para ver y escuchar este acto con tanto significado, ya fuera en la antigua sala de exposiciones de talleres Carmona, ya fuera en el salón del Ayuntamiento de Vélez Málaga, o cómo no, en la nave central de esta maravillosa iglesia conventual, que tanto impresiona, y donde se está tan cerca de ellos.

Me he emocionado con la pasión y entrega que cada pregonero ponía en sus palabras, símbolo inequívoco de la devoción a nuestros titulares, poseyendo además, en la mayoría de las ocasiones, sólo hay que mirar la lista de pregoneros, la “autoritas” y el merecimiento suficiente para expresarlas y proclamarlas,

porque ellos saben quiénes son los que están a su lado cada día del año, cuidando para que ese puente de fe que son las cofradías siga siempre abierto, y lo esté para todos, incluso para aquellos que no lo transitan tan a menudo como deberían, pero que igualmente necesitan cruzar para llegar a su amor y a su caridad.

Es por ello que mis primeras palabras quiero que sean de reconocimiento para todos aquellos que hacéis de la fe un camino que se recorre a diario, desde el trabajo y el esfuerzo, para que otros muchos podamos disfrutarlo; dando vuestro tiempo y entrega, en reuniones, en cabildos, en triduos, en la nave, en las calles, en sorteos, trabajando en romerías, veladillas y ferias.... buscando soluciones a los problemas mundanos para que no nos falte su consuelo divino, para que como dije antes, el puente este siempre abierto. Nunca nadie definió esa esencia cofrade como nuestro querido Antonio Ruiz Salto, cuando se refirió a vosotros, a sus hermanos archicofrades, como... *“Aquellos que comparten vivencias, alegrías, tristezas y comprensión, que, de sus casas, hacen una sola casa y se ofrecen al otro”*.

Las Cofradías son testimonio popular de religiosidad, escuela de cristianos, lugar donde cada hermano entrega lo mejor de sí, lo que tienen, en lo que supone, no lo olvidéis nunca, el intangible más importante de su patrimonio.

Vosotros reflejáis aquel sentimiento que ya hace treinta años clamara Jesús Lupiañez, *“yo no quiero ser simplemente cofrade de Jueves Santo, sino de todo el año...”* lo que constituye toda una declaración de compromiso, del que muchos, entre ellos yo, un simple nazareno de jueves santo, os estaremos eternamente agradecidos.

Por ello, lo que aquí se diga hoy, no puede ser otra cosa que el relato de unas pocas, muy pocas vivencias, y de mucho sentimiento, aunque mis palabras y mi voz no lleguen a demostrarlo, porque es de justicia admitir que no nací ni con el don de la oratoria, ni el de la elocuencia; por ello no puedo más que pedir de este auditorio un poco de comprensión y, al menos, algo de indulgencia.

Por si esto no fuera suficiente, el que hoy habla lo tiene que hacer en un año de gran significado, como es el del setenta y cinco aniversario de la refundación de esta Antigua Archicofradía. Momento donde más, si aún es posible, cobran sentido la advocación de nuestros titulares.

Ha sido el propio Francisco I, quien, en unos tiempos tan convulsos, ha dado toda una catequesis sobre la Esperanza, a la que califica como *“la más humilde de las virtudes, pero a su vez, la más importante. Es una virtud arriesgada. No es un optimismo pasivo sino tenaz y paciente hacia un destino seguro, porque la Esperanza hace que uno entre en la oscuridad de un futuro*

incierto para caminar en la luz; la Esperanza es fuente de consuelo mutuo, de paz, nos da la fuerza para transitar por la vida, al poner en nuestros corazones la certeza de Dios.

¡La Esperanza no decepciona! Su fundamento es el más fiel y seguro que puede tener un cristiano, y es el de que, ante cualquiera circunstancia, el amor de Dios nunca falla."

Gracias Esteban, por hacerme participe de tu trabajo antes de hacerse público, para que esa maravillosa, sobrecogedora, imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, que nos anuncia este año, me sirviera de guía.

"María acepta, María escucha, María ama", como dice los evangelios, "ella estaba" (Juan 19,25). Estaba ahí, en el momento crucial, en el de la pasión y muerte de Jesús, de su hijo. La madre de la Esperanza estaba para acompañarlo, cuando casi todos lo habían abandonado, la madre de la Esperanza estaba para abrazarlo en su muerte. Y después de la resurrección, la madre de la Esperanza estaba junto a sus discípulos, en el momento clave, dando fuerza a quienes dudaron, para que se cumpliera el compromiso de extender la palabra del Señor.

Quien sino como una madre, la que más nos ama, para encarnar la más importante de las virtudes. La madre de Jesús, la que siempre confió en Dios. La madre que sostiene nuestros pasos y que siempre le dice a nuestro corazón "¡levántate!, mira

adelante, mira al futuro"... porque ella es nuestra madre, madre de la ESPERANZA.

Lo mismo ocurre con nuestro padre Jesús el POBRE, más en estos tiempos de incertidumbre, de pandemias, de guerras, de crisis, donde la tentación del desánimo se hace más fuerte; y ahí aparece él. No sólo porque represente a los llamados a heredar el reino de los cielos, que son aquellos que reconocen que sin el amor de Dios no hay nada, a los que tienen el corazón libre de cualquier carga para recibir al Señor, y lo dan todo a los demás sin restricciones; sino también, porque representa al olvidado, al necesitado, al afligido, al desfavorecido, al que no tiene voz. Él, con su sacrificio, nos recordó que el mayor ejemplo de amor es el perdón. Él, nuestro padre Jesús el Pobre, como su nombre indica, es el que se desprende de todo, el que a todo renuncia para entregarse al prójimo, para salvarnos a todos... y ese todo cobra sentido, ya que no podía ser de otra manera, ese nazareno tenía que ser franciscano, ese nazareno es nuestro padre Jesús el POBRE.

*"Reza como si todo dependiera de Dios,
Trabaja como si todo dependiera de ti"*

- San Agustín -

Desde que uno nace en esta bendita tierra hay dos cosas que te marcan, que pasan a formar parte de tu esencia, o al menos, así lo entiendo. Una, el ser de Vélez, y es que, aunque marche

pronto, mi infancia la recuerdo jugando en las Carmelitas, o en la Plazuela del Carmen, mojándome en la pequeña fuente que bañaba los pies de Juan Breva, subiendo a la fortaleza, o en la Calle las tiendas, visitando la papelería de mi abuelo y mi tía Ela, presidida por la fotografía de la Virgen de las Angustias, con aquel olor que desprendía la imprenta y la maravillosa imagen del camarín de la Piedad que se veía desde la balconada. Uno es de Vélez porque tus creencias la cimentaron tus padres en domingos en San Francisco, Las Claras o El Cerro, y porque tu patrona será por siempre la Virgen de los Remedios. Porque cuando llega semana santa, aquí no se sacan tronos, se sacan “tronillos”, y se procesionan “Santos”, y en las casas se hace “Ajobacalao”, Dios mío el “Ajobacalao”.

La otra, es tu cofradía, esa forma tan nuestra de materializar fe, creencia y devoción; y ahí nunca tuve duda u opción, en mi casa, con mis padres y abuelos, desde que naces eres del Pobre y la Esperanza. Mis primeros recuerdos me llevan a aquellas grandes fotografías en blanco y negro de nuestros titulares, enmarcadas en terciopelo rojo, que, a modo de pequeño altar, se encontraban en el pasillo de la casa de Calle Romero Pozo; o aquel arcón donde se agolpaban las túnicas burdeos de mis hermanos mayores, con sus capas, unas de raso y otras de damasco, cada una con sus escudos archicofrade, tan diferentes en su confección, como idénticos en su significado. Eran otros tiempos, donde las prendas constituían casi un patrimonio

mancomunado, ya que, en ese maremágnum de familias y niños de diversas edades y tamaños, al cabo de unos pocos años, no sabíamos muy bien de quien era aquella prenda que portábamos ese Jueves Santo.

Desde pequeño he escuchado las anécdotas de mis hermanos en sus tiempos de penitentes, como cuando la llegada a la tribuna principal, a la hora de pedir la venia, se alumbraba con bengalas, para el terror de ellos y de algún que otro niño más; y eso, el año que conseguían llegar a tribuna. Y ya en persona, he visto salir a mi hermano Antonio como hombre de trono, pensando que algún día yo iría también debajo de ese varal.

Pero como podrán entender, a quienes les tengo que agradecer este legado son a mis padres. A mi madre, Mercedes Del Corral, quien por herencia cofrade lleva en sus venas el inmenso cariño a su Virgen de las Angustias, pero por pasión, a Nuestra Señora de la Esperanza. Pasión desde el día que entrara en su vida, desde que en su boda ella la acompañara en el altar de esta iglesia, desde el día que mi madre, como muchas otras pioneras, diera la primera puntada dorada en su verde manto. Esperanza, a la que cada año, y a pesar de la edad, acompaña, para que como ella dice, nunca se encuentre sola. Y a mi padre, José Belda Salto, Pepe Belda, por el profundo amor y devoción que me transmitió a ellos, al Pobre y a la Esperanza.

Es curioso que la imagen que mantengo de él, es ya mayor, la de su figura detrás de la cortina en casa de mi tía Remedios del Corral, frente al Niza, viéndolos pasar, con los ojos vidriosos, y con una expresión de enorme emoción en su rostro. El recuerdo más lejano, un año, siendo yo muy niño, viéndolo debajo del trono, sufriendo junto al resto de horquilleros en Calle Canalejas, porque la cosa no iba muy sobrada de hombros ese jueves santo. Eran otros tiempos. Porque hay que recordar que esta Archicofradía fue la primera que decidió que fueran sus hermanos y devotos los únicos que realizarán el recorrido junto a sus titulares.

De mi padre tengo que decir que nunca me contó nada a título personal, nunca me habló en primera persona, de él lo que oí fue siempre de boca de otros. Tuve la suerte de que mi casa la visitara alguien fundamental en los inicios, Doña Aurora López Bermejo, su gran amiga, y su hijo Pepe Lucinio; de haber escuchado a mi tío Pepe Salto, y su hermano, mi tío Antonio, a Rafael Mesa, a Pepe Palma, a Antonio Ruiz Díaz, y a muchos otros, que me contaban aquellas preciosas historias del pasado. Historias en blanco y negro. De inicios difíciles, de escasos recursos y mucha imaginación, de cómo se empezó a partir de unos maltrechos laterales de un antiguo trono, unos pocos enseres y la túnica del Pobre, la misma que conocemos y que los hermanos de un nazareno melillense se resistían a devolver. La del taller que se montó en casa de Doña Aurora, donde camareras y vecinas de Capuchinos, auténticas precursoras cofrades, crearon desde

el esfuerzo y el amor el manto más maravilloso con que se podía agasajar a una madre. La de aquellas obras de teatro para recaudar dinero en los inicios de la cofradía tras su refundación. De entre aquellas funciones, cómo no recordar, la de "La Pasión", con mi tío Pepe Salto en el papel de Nuestro Señor, que fue un éxito rotundo, aunque con un pequeño despiste incluido; y es que cuentan las crónicas, que al resto del plantel se le olvidó bajar de la cruz al actor principal una vez finalizada la función, coincidiendo con el paso de una populosa banda militar. La imagen y la reacción de mi tío, solicitando que alguien lo bajara de la cruz, tuvo que ser tan entrañable como digna de su figura.

También me hablaron de la llegada a Vélez de nuestro padre Jesús el Pobre, y de cómo había opiniones dispares en aquella junta. Los había que querían un nazareno de pelo tallado al estilo sevillano, y los había que lo querían de pelo natural al estilo granadino. De tal forma que hubo visitas a varios escultores, pero al final, y afortunadamente, la razón la puso Sánchez Mesa. O la del inmenso orgullo y honor que tuvieron mis abuelos, Antonio Belda y Concha Salto, de ser los padrinos de Nuestra Santísima Virgen de la Esperanza, el día que fue presentada en aquel maravilloso altar que se instaló en las calles del barrio de Capuchinos.

Todas aquellas historias que parecen muy lejanas, son historias que hablan de jóvenes que, desde la fe, la ilusión y el

compromiso, con tiempo y trabajo, hicieron cofradía e iglesia, aunque también hubiera dolores de cabeza, y algún que otro desacuerdo; y claro, siempre con mucha comprensión y resignación familiar. Cosas que seguro que, a muchos de los aquí presentes, les sonará.

Aún recuerdo con mucho cariño, cuando, siendo un niño, mi padre me llevara por primera vez, sin darme muchas explicaciones, eso sí, a que me tomaran las medidas para hacerme mi primer capirote de nazareno, capirote de los de verdad, de los de cartón con refuerzo en los bordes, de los que te dejaban marca hasta el domingo de resurrección.

Que maravillosos fueron aquellas primeras salidas de niño, bajar de casa vestido con tu túnica burdeos, calcetines blancos y alpargatas, que era la moda, coincidir en la subida a San Juan con mis primos, Antonio y Juanma, la parada preceptiva en casa de Tía Rosa; para, una vez en la salida, coincidir con Arturo, Chema, Cristina, y con otros nazarenos que ya tenían algún año más de experiencia. Escuchar por primera vez la marcha real, pasar delante de la OJE, llegar a San Juan de Dios, y lo bien que sabían esos bocadillos sentados en la escalinata, mientras se producían aquellos grandes parones que no entendíamos muy bien; eso sí, esforzándonos cada año en llegar un poco más lejos en el recorrido.

Aunque los años pasaban, e incluso ya hubiera marchado fuera de Andalucía, como buen “cuaresmero” intentaba mantener mis citas anuales; que, como no podía ser de otra manera, comenzaban con el pregón. La llegada del viernes de dolores ya suponía una fecha marcada en el calendario, me preparaba para ir a casa de mi hermana Chiqui, donde aquella noche ya había maratón de vídeos de pasados jueves santos. El sábado la recogida del puesto en la copa que se daba en talleres Carmona; y el domingo, muy temprano, a cumplir con la cita en el Niza. El camión del “pavico”, la parada en la Alcaicería para desayunar café de puchero, pan de hogaza recién hecho con aceite de una graduación que sería incapaz de acertar y bacalao “desmigao”, todo ello aderezado con la arenga a las tropas de nuestro querido Antonio Ruiz Salto.

Han pasado muchos años, pero lo recuerdo como un día maravilloso, a pesar del duro trabajo y lo traicionero de aquellas laderas, aparentemente suaves, pero llenas de musgo y rocío. Después de una intensa mañana de recogida llegaba la paella de Antonio Sánchez y las viandas que todos habían aportado, los bautismos cofrades, y la vuelta con entrada triunfal en Vélez a bocinazo limpio.

Qué bonito era ver la despensa de casa de Tío Pepe repleta del romero y tomillo, que una vez picado se convertiría en la alfombra más bella que pudiera pisar nuestra Señora y madre. Casa, la de

mi Tío Pepe y mi Tía Mercedes, donde en aquella sala de paso de la primera planta, una vez al año, te los encontrabas de frente, a Nuestro Pobre Bendito y Nuestra Santísima Virgen de la Esperanza. Con la luz perfecta, la situación te sobrecogía, el detalle te abrumaba. Era imposible que el dialogo no surgiera, una conversación íntima entre padres e hijo. Las manos del Pobre, su expresión serena, su rostro, los sutiles hilos de sangre que recorrían su cara a causa de la corona de espina o los golpes recibidos, tan cercano, tan humano y tan divino a la vez... ¿Y ella? Nunca el dolor tuvo tanta dignidad, nunca un puchero reflejó tanto amor, nunca una gubia talló tanta belleza hecha rostro; cuanto trabajo habían puesto sus camareras y albaceas, en que aquella madre doliente, se viera como lo que era, la reina de Vélez.

La primera vez que subí con la que es ahora mi mujer, recordaré siempre a mi tío intentando explicarle, ante el rubor de ella, y de esa forma tan explícita, que sólo él podía tener, que el pobre bendito era Dios hecho hombre, en el sentido literal, y así lo materializó Sánchez Mesa, de cuerpo completo, aunque no fuese el plan inicial. Y es que, permítanme la analogía, nosotros tuvimos en Don Rafael Mesa Valle, la roca en la que se inició, se cimentó la reorganización de esta muy antigua archicofradía; y lógicamente nuestro Pablo de Tarso, sería Don José Salto del Corral; porque nadie como él representó la esencia de esta cofradía, la universalizó y la hizo para siempre patrimonio de este pueblo.

Como en un paso natural, y llegado el momento, todo niño que fue nazareno sueña con ser “horquillero”; preciosa palabra esta, que mantiene carácter y esencia, y que me cuesta dejar de usar. Sería a mediados de los años ochenta cuando por primera vez me lance a portar a Jesús El Pobre sobre mi hombro, o al menos intentarlo. Eran años de camisa blanca y corbata oscura.

A pesar de la hora de salida, siguiendo los consejos de los veteranos, ya que aún no se usaba el tallaje entre los hombres de trono y la veteranía era la medida de adjudicación de puestos, me fui bien temprano a los toldos de San Juan. Para mi tranquilidad comprobé que, a pesar de la gran cantidad de gente allí congregada, los varales estaban aún vacíos. Pensé cual sería un buen sitio para colocarme y molestar lo menos posible, así que me fui a la cruceta trasera del varal de en medio, ya que por aquel entonces sólo se usaban cinco.

El tiempo que pasó a continuación se me hizo eterno. La noche era fresca, las manos las tenía heladas y sin embargo la cabeza me ardía. Cada minuto que pasaba iban llegando más hombres de camisa blanca, hombres hechos y derechos, de frente arrugada y mirada austera, que, sin embargo, al ver a los compañeros de cada año, se fundían en un sincero abrazo. aunque también en algún que otro gesto de desagrado al que hubiera osado ocupar el lugar equivocado. Como ya he dicho alguna que otra vez, eran otros tiempos, en muchos sentidos, con

usos y costumbres diferentes. Evidentemente, muchos de esos hombres, al ocupar su lugar, me dedicaban una mirada de curiosidad o de extrañeza, que a mí me hacían sentir cada vez más pequeño; pero, gracias a Dios, nadie me dijo nada.

Finalmente se llenaron los varales, detrás de mí llegó un hombre de mediana edad, o quizás más, así me lo parecía, enjuto, y de pelo cano, que dialogaba con el resto de los que conformaban la trasera del trono. Después de tanto nervio e incertidumbre llegaron aquellos toques de campana, el agacharse, el meter el hombro, el golpe de riñón, la subida... y como por arte de magia, ese temor se convirtió en una enorme satisfacción cuando sentí en mi hombro la mano de aquel horquillero, y yo, instintivamente, deslicé la mía a la del hombro del compañero de delante, y sin saber cómo, al sonido de un tambor, tus pies cogen el paso, y tus sentidos se agudizan, el olor del incienso, la voz del capataz, el sonido de la madera, la música que te eriza la piel; y todo fluye, nuestro padre Jesús "El Pobre" está en la calle y yo, por primera vez, voy con él.

Aquella noche, como nos ha pasado a la mayoría de portadores, recibí de aquel compañero de varal la frase que a casi todos nos han dicho alguna vez, "... niño mete el hombre, el varal no se aguanta, el varal se empuja".

Al poco tiempo empezaron los tallajes, y después llegaron los trajes oscuros, aquellos que se habían dejado de usar porque,

posiblemente, no todo el mundo tuviera uno. Qué momento era entrar en la casa hermandad y enfrentarte a aquel sanedrín que suponía la mesa de talla y anotación, en la que te encontrabas, según qué año, a Aurelio Pastor, Antonio Ruiz Díaz, Zallas, Iranzo, Piédrola, Juan Herrera, Fajardo, Arroyo, Olea, Lobillo, Alfredo o Manolo Rodríguez, y los jóvenes de entonces que ya iban llegando, Fran Delgado o Antonio Ruiz hijo y presidida por los Hermanos Mayores de aquellos años, y que no siempre lo tuvieron fácil, Manuel Peláez, Antonio Ruiz Salto, Salvador Vega. Qué alegría producía, que sensación de pertenencia, cuando, sin tu haber dicho nada, cantaban tu nombre, normalmente como el “niño de Pepe Belda”, para que te registrasen un año más.

Qué imágenes tan entrañables quedan de Calle Magdalena número cinco. Aquel pasillo con la Cruz de Nuestro Señor expuesta en la pared, los carteles de semanas santas pasadas, y sobre todo, el olor de las noches de miércoles santo, el olor a claveles, esparragueras, pitas, gladiolos o lirios; a la humedad de las esponjas empapadas, de las ánforas... y en la madrugada, el olor del pan recién hecho y del aceite, ... el olor que desprendía al amor y la ilusión de todos los hermanos que allí se congregaban para que, con su trabajo, el Nazareno de Vélez y su Madre Capuchinera recorrieran las calles como sólo ellos se merecían. Al menos, por unas horas, formabas parte de aquello.

A veces pienso... “que pesado me tuve que poner con mis amigos de Málaga”, amistad forjada en nuestro querido colegio agustino, hablándoles de las maravillas de nuestra Semana Santa y, por supuesto, de nuestra cofradía. Insistencia que hacía que cuando, aunque fuera por azar, de mis labios saliera la palabra “jueves”, todos contestarán al unísono “El Pobre”; y que se convirtiera en tradición que cada jueves santo, siempre que no se lo impidieran sus obligaciones cofrades, principalmente con la virgen Victoriana de Nuestra Señora de la Caridad, se desplazaran a Vélez a disfrutar de nuestras procesiones y del ambiente previo que sólo aquí se puede vivir. A ellos les agradezco que en un día como hoy vuelvan a estar a mi lado.

Y es que son muy especiales las mañanas de Jueves Santo, mañanas de emociones, de dudas con formas de nubes, de compartir en la calle con familia y amigos, de paseos por una ciudad que se afana en preparativos, de tinglaos donde los hermanos de cada cofradía reciben, con el pecho hinchado, la visita de paisanos y foráneos, esperando que estos les dejen un piropo a sus titulares, muestra inequívoca de que el trabajo de todo un año habrá valido la pena. Mañana bonita donde las haya, aunque se lleven pocas horas de sueño, algunos, como este que habla, por estar disfrutando de nuestra semana grande, otros, como muchos de vosotros, porque no habéis parado de trabajar.

Si algo tiene especial esa mañana de Jueves Santo en Vélez, es la posibilidad de disfrutar de una manera tan cercana esa explosión de devoción hecha color de todas sus cofradías en la calle, el marrón, el azul, el morado, el blanco, el dorado, el burdeos y el verde pintan el pueblo del color del Jueves Santo. Y donde el saludo cariñoso entre distintos cofrades y las alabanzas al trabajo del otro, es la muestra evidente que todos compartimos una misma Fe.

Cuántas de esas mañanas me han acompañado esos amigos que han querido conocer nuestra Semana Santa, con lo que he paseado por los lugares más emblemáticos de la ciudad, y donde nuestro casco histórico recobraba la vida que se merece y que, desafortunadamente, no siempre tiene.

Les he hablado de nuestros hermanos franciscanos del Huerto y la Virgen de los “desamparaos”, del Amor y la Caridad y de la Virgen de la Soledad.

Les he enseñado a nuestro Señor de la columna, y les he contado de sus tambores y de su subida.

Nunca habían visto una talla como la del Gran Poder, acompañado de la belleza de la Virgen de la amargura.

Se han sorprendido al ver los tronos donde eran portados la serena imagen de Jesús de la humildad y su dulce madre, la Señora de la Paz.

Esos paseos nos llevaban a ese precioso marco que es la Plaza del Carmen y su teatro, donde se encontraban con la novia de Vélez, la Virgen de la Piedad y su hijo, Jesús el Rico.

Y como colofón, entiéndame, ellos, la majestuosidad del Pobre y el esplendor de la Esperanza, en sus altares de plata y oro, bajo los toldos de su "tinglao" y rodeado de sus hermanos, devotos y curiosos. Donde te encontrabas caras de felicidad, de orgullo, y algunas de cansancio. Muchos cordones burdeos y verdes con sus correspondientes medallas archicofrades, colgando justo a la altura del corazón. Jóvenes que enseñaban a sus amigos y familiares, señalando con el dedo el varal, el puesto en el trono donde irían ese año. Padres que, cogiendo a sus hijos entre sus brazos, los alzaban frente a ellos, para que desde pequeño fueran conscientes del compromiso que iban a heredar. Y de esas mujeres, madres y abuelas, que con un amor infinito traían entre sus manos un humilde clavel, pidiendo únicamente de un archicofrade, que se subiera al trono, y por una noche, lo colocara a sus pies.

A la hora del almuerzo, conversaciones de familiares, amigos y cofrades. El disfrute del encuentro, del potaje de vigilia y del ajo bacalao, Dios mío, el ajo bacalao. La pregunta, siempre la misma, ¿y esta maravilla sólo se hace aquí? ... madre mía, vaya descubrimiento.

De entre esas mañanas, recuerdo, hace ya muchos años, coincidir con Antonio Ruiz Salto en “el Feo”, en Calle Carrasco, lugar, donde pidieras el “pescaito” que pidieras, el susodicho te iba a poner lo que a él le diera la gana. Antonio estaba acompañando a un grupo de fotógrafos franceses que habían venido para hacer un reportaje sobre nuestras Semana Santa. Fue conmovedor, pero muy revelador de lo que es un sentimiento, observar cómo les explicaba lo que significaba el Pobre y la Esperanza, la cofradía, lo que era una procesión, un encierro, todo aquello que él consideraba importante. Las expresiones de aquellos fotógrafos eran de no estar entendiendo ni una sola palabra, pero, sin embargo, de haberlo comprendido todo. Porque muchas veces la pasión, el amor y la fe es el mejor de los traductores, y de eso Antonio tenía mucho.

*“Ni toda la oscuridad del mundo
podrá extinguir la luz de una sola vela”.*

- San Francisco de Asís -

Tardes y noches de Jueves Santo, tardes y noches de hombre de trono. De salidas de San Juan y del mercado, junto a San Francisco. De nervios a la hora de enfundarse el traje, apretarse la corbata y, sobre todo, de emoción al llegar al varal “B” y ver tu nombre en el puesto. Saludas y te colocas, esperando que el eterno Aurelio golpee la campana para iniciar un año más nuestra estación de penitencia.

Tu mente va adelantando cada parte del recorrido. Calle Las Tiendas, los balcones llenos de gente antes de entrar en la Calle Corona, y entre ellos el de la Papelería Corral, abarrotado de familia, y en el centro, mi madre, que mantiene a todos los que comparten ese balcón con ella en primer tiempo de saludo.

La maniobra que se acerca en las cuatro esquinas, y que al final siempre se supera con nota; preludio de la imponente imagen que supone la bajada de Nuestro Señor por la Calle Las Monjas.

Al paso por la tribuna de Los Pobres, una saeta impone el silencio al público, y desde el varal, ese quejido hecho canción y oración se mezcla con el crujido del aluminio y la madera, mientras tu cuerpo se mantiene erguido a duras penas. Cuando el cante finaliza, y estalla el aplauso, retomas el paso al sonido del tambor. El cansancio no puede con la emoción. Hoy padre, no caminas solo.

Al tomar la curva del paseo de Andalucía y coger Calle Canalejas, una mirada de reojo hacia el balcón que queda a mi derecha, y detrás de la cortina, ahí veo a mi padre, fiel a su cita.

La calle se convierte en una alfombra verde, y al llegar a la tribuna, se intuye a un Pueblo deseoso de recibir el perdón.

De rodillas esperas su bendición, y al finalizar el himno, los gritos se elevan sobre los aplausos... "EL JUEVES, EL POBRE", "ESPERANZA, GUAPA". El latido en la garganta. Maniobras

certeras que enfilan la subida a San Francisco. Aumenta el ritmo del paso, que es quien lleva ahora al tambor, y golpes en los varales, manos que se entrelazan y brazos que esperan un tercer golpe de campana. Eran otros tiempos.

Son muchos los sentimientos, y los recuerdos que pasan por la mente del horquillero durante esas horas. Son muchas las veces que se levanta la cabeza, en un escorzo, para mirarlos, buscando consuelo, consejo, o para ofrecerles un rezo, una plegaria, o un sincero agradecimiento.

Cuando "El Pobre" te mira, sabes que ya no estarás solo porque él será siempre tu compañía, que se mitigará la pena porque él es el consuelo, que desaparecerá el miedo porque él trae el perdón, y ante el dolor, su amor te dará fuerza. Henchido tienes el pecho y el corazón, horquillero, ante su esplendor. Tu privilegio será, otro jueves santo, ser su portador.

Son muchos los compañeros de varal que se hacen. A la derecha Jesús, mis primos Fernando, y más atrás, Antonio. A la izquierda, Chema Martín, genio y figura; y entre los dos, ese joven, delgado, de tono amable y cariñoso, que siempre iba en el varal de en medio, con el cajón en el cogote, y que pasará lo que pasará nunca, abandonaba su puesto. Ni aunque lloviera, ni en aquellos eternos parones. En esos tiempos de espera, nuestras conversaciones me mostraban a las claras que era digno hijo de su padre, y que estaba predestinado a continuar con su legado;

cosa que se cumplió, compartiendo con su progenitor, el hecho de estar al frente en momentos trascendentales de la cofradía. Muchas gracias Gustavo, por tu compromiso continuo.

Como no, para todos los que hemos sido hombres de trono en aquellos años, siempre habrá un recuerdo cariñoso para esos héroes anónimos, como Antonio Ruiz Díaz o Alfredo Gómez, entre otros, esos ángeles de la guarda que ante cualquier contingencia o imprevisto que ocurriera durante el recorrido aparecían para solucionarlo o al menos intentarlo; ya que también hay que decir, que el éxito no siempre estaba garantizado.

Ellos, como muchos de vosotros, sois los que hacéis que, al terminar la procesión, El Pobre y La Esperanza nunca estén solos. Cuando se vacían las calles aparecéis fieles, en silencio, para llevarlos a casa; para que sin mucho ruido y menos protagonismo, todo vuelva a su sitio en perfecto estado. Ese día vosotros no dormís, y tampoco os importa. Hace muchos años, pude compartir una madrugada de jueves y mañana de viernes Santo de esa manera, y la magnífica sensación de satisfacción que en la comida de Los Martínez se sentía después del esfuerzo realizado. Y es que,... ese espíritu cofrade o se tiene o no se tiene.

Aquí me van a permitir un recuerdo para el compañero de varal más especial de todos, mi hermano Pepe, con el que compartí tantas noches en ese varal B; de su cara de enorme alegría cuando llegaba al "tinglao", y la de,... "anda niño déjame

tranquilo"... , cada vez que le regañaba cuando golpeaba el varal al final del recorrido. Te fuiste muy pronto, demasiado pronto. Estás en esa Sección Celestial de la Cofradía que nombrara Pepe Jesús, con balconada preferente para todo el recorrido y sin necesidad de petición de audiencia. A todos los que habéis perdido seres queridos, recordad que nuestra madre es la Esperanza, símbolo principal de nuestra fe, que es la de que el amor de Dios nunca nos faltará.

Alejandro mucho ánimo, tu madre disfrutará este jueves santo con ellos, orgullosa de su hijo, porque sabe que tu fuerza la tienes del cariño y reconocimiento que te has ganado de Todos los que conforman esta Archicofradía.

Ahora les voy a decir una cosa, de nuestra horquillería, de nuestros hombres y mujeres de trono. Porque yo he sacado algún que otro, en Málaga, principalmente; y ya les digo yo que como el nivel que hay aquí, en pocos sitios. Aquí se aprieta, y se aprieta de verdad. Fijo quedará en la memoria, de quienes tuvieron el honor de vivirlo, la subida de Luis de Rute en la Magna. Qué maravilla, que exhibición de amor, fe y devoción hacia ella, hacia nuestra madre Capuchinera. Qué manera de llevar un trono, con paso firme y sereno, desde el respeto y el esfuerzo de sus portadores. Su BELLEZA volvió a BRILLAR en la OSCURIDAD. Su LUZ volvió a VENCER a las TINIEBLAS.

*“Un rayo de sol es suficiente
para ahuyentar todas las sombras”*

- “San Francisco de Asís” -

Hace veinticinco años, coincidiendo con el “cincuenta aniversario”, mi padre marchó, y curiosamente uno de los comentarios que con más insistencia me hacía en sus últimos años era, *“hijo, no sería mejor salir de día, incluso los primeros del jueves santo”*, a lo que yo no sabía muy bien que decir. *“Igual será que me hago mayor”*, comentaba, *“pero es que me gusta el sol, me gusta el calor”*; y no solo se refería a ese calor de primavera en la Axarquía, también se refería el de las familias que van a ver juntas a sus titulares, al de los amigos que con sus mejores galas quedan para ver salir desde Capuchinos a los Reyes de Vélez, el de los nazarenos, horquilleros y mantillas de otras cofradías que de camino a sus tinglaos no pueden evitar acercarse a ver a la Virgen de los ojos verdes. Al calor de un pueblo entero que en su día grande revienta las calles orgulloso de su Semana Santa.

“Si tiempo hay para todo”, decía, *“el recorrido traerá la noche, y su presencia volverá a iluminar las calles como siempre”*.

Y esta Archicofradía, orgullosa de su historia, del primer trono del Pobre, de la conejera, de Calle Magdalena, de las Carmelitas, de Capuchinos, de su manto de flores.... y esperemos y roguemos que algún día de su casa hermandad,.... tomó, no hace mucho tiempo, la decisión valiente de hacer ese cambio.

Coincidiendo con ese mismo cambio, y como si de un ciclo se tratará, este pregonero vuelvo a convertirse en penitente, quien fuera tu hombre de trono, Jesús, hoy es tu nazareno.

La mañana del Jueves Santo se ve de otra manera, te levantas y ves colgadas las túnicas, las de tus hijos y la tuya, por unos instantes vuelves a ser un niño en la mañana de Reyes; ... y si esa imagen, se acompaña con unos rayos de sol que anuncian un día espléndido, la felicidad es completa.

Quedas para comer cerca del "tinglao". En Vélez ya se percibe un ambiente especial, y los nervios empiezan a hacer acto de presencia.

Las calles se llenan, las familias se preparan, los balcones se engalanan de terciopelos burdeos y verdes.

Olor a naranjos, claveles, buganvillas y lirios.... a velas a estrenar y al primer golpe de incienso.

Ya sale ese nazareno que, con velillo y sin capirote, agarra los asideros de la cruz guía que marcará el camino de nuestro recorrido procesional.

Las bocinas claman orgullosas, avisando al pueblo, de lo que se aproxima, el nazareno del paso lento y su madre capuchinera.

Ya se ve el "corralico", pequeños penitentes de caras descubiertas, de caras de alegría, de vida, de futuro, y de padres,

abuelos y familiares orgullosos, que al final se convertirán en parte de la procesión, ya que junto a sus hijos cumplirán, como mínimo, el sueño de llegar unidos a las Carmelitas.

El guion, las mazas, el senatus, estandartes, ciriales y acólitos... la Vera-Cruz bajo su palio nos recuerda lo que somos y de dónde venimos.

La procesión ya está preparada, unos de burdeos y otros de verdes, pero todos con un mismo camino por recorrer.

Las mantillas, nerviosas, miran a su Virgen de reajo, no paran de ajustarse los guantes, mientras los rosarios se funden entre sus dedos.

Las "mandas" buscan vuestro amparo, justo antes de ocupar su lugar, apretando una vela entre sus manos, para cumplir la promesa adquirida de acompañarlos hasta el final.

El murmullo general se interrumpe, y una oración rompe el silencio, con un recuerdo eterno para los que ya no están entre nosotros... la devoción de la horquillaría lo inunda todo, y de pronto, suena la campana... y los tronos se levantan empujados por hombros y corazones archicofrades... y que no se hable más,... ¡QUE ESTO ES VÉLEZ! Y ¡QUE EN SUS CALLES YA REINAN EL POBRE Y LA ESPERANZA!

Este antiguo horquillero, ve ahora, desde su puesto de penitente, como las calles se alborotan a la llegada del cortejo. Los presentes, a pie de calle, o en los balcones, avisan de vuestra presencia.

Tu altar dorado reluce, si aún más se puede, por lo rayos de sol. Tu majestuoso caminar, el del nazareno burdeos, golpea los corazones de los presentes a tu paso por Calle Sevilla. La torre de San Juan es testigo de tu gloria, y las murallas de la Villa ante ti se inclinan.

Y a pesar de todo ello, eres tú, Jesús El Pobre, quien, mirándonos a los allí presente, nos muestras que *“tienes más ganas de darnos tu misericordia que nosotros librarnos de nuestras miserias”*. - San Agustín -

En la antigua cárcel, tu paso, Señora, se detiene. La voz de una de tus hijas se rompe en la más bella de las plegarías. Hija que volverá a su puesto en el trono de la Esperanza, para compartir con el resto de portadores las dificultades del paso por esas estrechas aceras de Calle Las Tiendas.

La tarde es espléndida. Cada rincón es una imagen para el recuerdo. La curva en la calle “Coroná”, la entrada en la Calle Las Monjas. Los nazarenos no podemos evitar volvernos, no hay imagen como la de El Pobre bajando la Calle Félix Lomas. Tus potencias anuncian Tu llegada, le recuerdan al pueblo,

congregado en tu tribuna, que, a pesar de cargar con el madero de nuestra culpa, venciste al mal, al dolor y a la muerte.

Al paso por esa calle, una petición... *"Dios quiera que Las Claras recobren el esplendor de sus blancas paredes"*, porque el patrimonio de un pueblo son los cimientos de su futuro. Que el único consuelo de su claustro no sea ver pasar cada jueves santo a Nuestra Señora, la Virgen del manto verde.

Canalejas y Carmelitas, añoran el olor que vuestra presencia dejaba, y querrían reteneros unos instantes más; pero saben que vuestro barrio, que vuestro pueblo, os espera, tan numeroso y cercano como nunca se haya visto.

Calle Cristo, el romero lo cubre todo hasta Capuchinos. Tus horquilleros te llevan al paso que ellos quieren, sereno y elegante. Nazareno franciscano, Cargas el peso de nuestros pecados, mientras nos perdonas con tu dulce mirada. Llegó el día en que nos recuerdes, POBRE BENDITO, que tu palabra se hizo sacrificio y tu sacrificio nos dio el perdón

Se acerca la curva de Calle Cervantes. Resuenan las barras de palios, y su candelería se refleja en todos los cristales, iluminando la multitud que allí se encuentra.

¡Ay Padre, si la vieras llegar! ... Entre lágrimas y rezos; flores, vivas y piropos; avanza en su trono de alpaca, sobre portadores de túnica verde, quienes con una sola voz le cantan como testigos

de su alabanza, mientras un mar de pétalos blancos inunda el cielo. Virgen capuchinera, eres hebrea y veleña, eres reina y madre, eres ¡ESPERANZA NUESTRA!

Y en ese momento, en ese justo instante, entre la multitud, solo quedan ellos, Jesús el Pobre y María Santísima de la Esperanza.

¡Vélez! Que en tus calles se haga el silencio.

*Ya llega el Pobre cargando el madero,
con paso lento y al olor del romero.
Tu pueblo es testigo de este misterio.*

*Virgen capuchinera de andar regio,
le sigues, pues tu hijo es todo tu anhelo,
aunque el dolor te abrume por entero,
ver tu belleza es nuestro privilegio.*

*Te acercas entre sones y oraciones,
¡ESPERANZA! Todo es aclamación,
en esta noche llena de emociones.*

*Nos arrodillamos con devoción,
clamando desde nuestros corazones
¡POBRE bendito! ¡Da tu BENDICIÓN!*

Abrazos, llantos y miradas infinitas. Suenan las campanas, y una mecida eterna, despide a los allí congregados, que se resisten a dejarlos. Pero no os preocupéis, ellos nunca estarán solos, volverán los de siempre, para acompañarlos hasta su camarín, y devolver sus altares a la nave, sin ruido y sin protagonismo, pero llenos de fe, para que, acordaros, el puente esté siempre transitable.

Este humilde pregonero llega al final, disculpándose por las veces que os fallé, agradeciendo este honor inmerecido, y habiendo comprendido cual era la respuesta a la duda que le atormentaba, que no es otra que sus torpes palabras hacia ELLOS son producto del amor de un hijo, hijo que estará eternamente agradecido a su PADRE el haberlo hecho hermano de EL POBRE y LA ESPERANZA.

Muchas Gracias.

Este pregón se terminó en 02 de febrero de 2023, celebración de la Presentación de Jesús en el Templo y de la Purificación de la Virgen. Aunque la duda y los retoques llegaron hasta el mismo 18 de marzo.